

“NOSOTROS TENEMOS LA SOLUCIÓN”

**(Domingo 02 de enero de 2011)
(No. 397)**

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)



***“Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él”
(Proverbios 22:6)***

Después de cinco años de ser rechazados, dos jóvenes de Cleveland, el guionista Jerry Siegel y el artista Joe Shuster, al fin lograron que “Action Comics” publicara en 1938 la historieta de su héroe “Superman”, convirtiéndose en un éxito de inmediato.

Las jugosas ganancias que dejaba Superman hicieron que surgieran numerosos imitadores. Pronto aparecieron Batman, la Antorcha Humana, Flash, Capitán América y otros muchos que constituyeron todo un ejército de personajes con súper poderes.

La revista Newsweek calculó que en 1943 se leían veinticinco millones de revistas de superhéroes al mes. En 1950 se había duplicado la cifra a cincuenta millones y la cima se alcanzó en 1954 cuando se publicaban ciento cincuenta millones al mes.

Estos personajes virtuosos pueden hacer de todo, incluso cosas imposibles para el ser humano común. Por ejemplo, Superman, cuando fallece su amada Luisa Lane es capaz de girar en torno al mundo en forma inversa y hacer que el planeta retroceda en el tiempo lo suficiente para que antes de que ella pierda la vida, él la salva de la muerte.

A veces, suspiramos, si tuviéramos en nuestra ciudad a uno de esos superhéroes. De veras, cómo quisiéramos que alguien como Superman, a quien las balas del AK-47 no le hacen ni cosquillas, nos ayudara e impartiera justicia y acabara con el crimen.

Pero, infelizmente no tenemos ningún superhéroe. Ni a Chapulín Colorado llegamos.

Este año que recién terminó arrojó la cantidad más grande de asesinatos en nuestra ciudad. Los especialistas calculan que uno de cada cuatro homicidios en el país se comete en Cd. Juárez. Sólo en el 2010, más de ocho mil familias han sido alcanzadas, directa o indirectamente, por una muerte violenta.

Por cada vida segada, quince más son afectadas.

Las autoridades dicen que esta guerra se está ganando, pero, ¿No es ese correr incesante de sangre en nuestras calles un indicativo de lo contrario?

Pocos días antes de ser renunciado de su cargo como Secretario de Gobernación, el Sr. Fernando Francisco Gómez Mont Ureta, dijo en julio de 2010 que los enfrentamientos entre narcos se acabarían para finales de ese año. Él razonaba, inocentemente tal vez, que los grupos criminales se irían exterminando unos a otros hasta destruirse del todo. Sus palabras textuales fueron: “No pueden durar para siempre, algún día ya no tendrán más gente que de la vida por ellos”.

Nada más alejado de la realidad que estamos viviendo.

El crimen organizado recluta cada vez más gente. Los policías o militares que son dados de baja de sus corporaciones son invitados por el narco. No es de dudarse que muchos de ellos accedan por no tener otra opción.

Las pandillas también son un semillero para el narco. Según una nota publicada en El Diario de Juárez el 05 de octubre pasado, cerca de 750 pandillas operan en la capital del estado y en Ciudad Juárez. Muchas de ellas están vinculadas con los cárteles de la droga y el crimen organizado, cuyos integrantes son reclutados inclusive desde los nueve años. En la ciudad de Chihuahua, las policías municipales han desarticulado bandas de adolescentes, cuyas edades fluctúan entre nueve y doce años, liderados por adultos, quienes con promesas o amenazas los controlan.

Nos asombran noticias como la del niño Edgar Jiménez Lugo “El Ponchis” mejor conocido como “El niño sicario” de tan sólo 14 años de edad que fue detenido en los primeros días de diciembre pasado y que confesó ante autoridades militares que decapitó a cuatro personas. Él dice que fue reclutado por el Cártel del Pacífico desde los once años. (Diario de Juárez. “Intentaba niño sicario dejar la vida del crimen”. 04 de diciembre de 2010).

Otra nota tomada de Milenio.com el 16 de diciembre pasado nos pasma: “En Juárez niños de trece años se convierten en sicarios por 500 pesos: Sedesol”.

Esa nota concuerda con otra publicada por El Diario de Juárez el pasado 20 de diciembre: “La aspiración de los niños en Torreón: Ser narco”. Entre otras cosas ese reportaje menciona: Un alumno le confesó a un profesor de Torreón: “Yo gano más que usted, no necesito estudiar”. El menor de edad le explicó a su docente que por mantenerse las tardes vigilando la calle y hacer unas cuantas llamadas por teléfono celular obtiene 500 pesos diarios.

Este alumno no es el único que piensa así. En algunas escuelas los niños ahora en lugar de intercambiar canicas lo hacen con casquillos de bala. Los niños acostumbran recolectar las balas de la calle y luego canjearlas entre sus compañeros. Es un nuevo juego cotidiano en las aulas.

El diario Vanguardia publica este día un texto sobre cómo ha influido el crimen organizado en las aspiraciones vocacionales de los menores de edad. Cita en su nota: “En una Secundaria cercana, una maestra decepcionada relata cómo ha impactado la fórmula del dinero fácil en su plantel: ‘A mí un día un niño de 11 años me dijo que prefería vivir tres años con dinero, mujeres, camionetas, que toda una vida de muerto de hambre’.

Ahora, yo me pregunto: ¿Dónde están los padres de esos niños? ¿Qué tuvo que pasar en el seno del hogar para producir niños con esa mentalidad?

Todo esto está pasando porque en las familias se han perdido por completo todos los valores morales y espirituales. Se trata de un resquebrajamiento total de las bases familiares que son donde descansa toda la estructura de la sociedad.

La familia es la primera escuela de formación espiritual, social, cultural y moral de los hijos, quienes deberían ver siempre en el padre y la madre el primer testimonio de una vida orientada a la búsqueda de la verdad y al amor de Dios. Los mismos padres tienen el deber de transmitir a los hijos, sin constricciones y con responsabilidad, su propio patrimonio de fe, valores y cultura. La familia, primera célula de la sociedad humana, sigue siendo la plataforma para unas relaciones armoniosas en todos los ámbitos de la convivencia humana.

Para nosotros los cristianos, la solución a toda esta problemática está en reconstruir el tejido social en base a la reestructuración espiritual de las familias. Es decir, que toda la familia se vuelva a Dios, que se vuelva a su Palabra, que se vuelva a la verdadera comunión con el Padre Celestial y así, tratar por todos los medios que se termine esa cantera de gente joven al servicio del crimen.

Tenemos que comenzar con nuestros propios hijos. Nuestro deber es ver el grave peligro que tienen delante de sí y ayudarles a evitarlo.

Viene a mi mente la visión de una gran mujer en la Biblia llamada Abigail. Por el relato bíblico sabemos que David cuando huía del rey Saúl fue a morar al desierto de Parán acompañado de unos seiscientos hombres. Estando allí, ahuyentó a los ladrones de los pastores y de los rebaños de un hombre llamado Nabal. Cuando éste esquilaba sus ovejas, David le envió diez jóvenes para pedirle alimentos para sus hombres, pero Nabal por su mezquindad torpe los envió con las manos vacías. David decidió vengarse y juró matar a Nabal y a toda su casa y a todos sus sirvientes. Pero cuando le fue dado aviso a Abigail ella intervino con su sabio razonamiento y preparó alimentos en abundancia para salir al encuentro de David.

Ella tenía una visión especial para darse cuenta del peligro que se acercaba a su casa, del grave peligro que se cernía, del gran daño que se aproximaba. No fue necesario que ella escuchara a David, ella pudo ver el peligro y como lo vio, tuvo la aptitud de diluirlo.

De inmediato tomó providencias, cargó aquellos asnos, calló ante su esposo Nabal, pues era cosa segura que él se lo impediría y aquello se tornaría mucho más grave; tomó aquel atajo, encontró a David, se humilló ante él y le habló con sabiduría. Todo esto con el afán de salvaguardar su casa, su marido, sus bienes y todos sus trabajadores. (Puede leer esta historia en 1 Samuel 25:1-38).

¡Si tuviéramos madres y padres con esa misma visión espiritual!

Si nuestros padres cristianos pidieran al Señor la capacidad de ver todos los peligros que acechan a sus familias, a sus hijos.

Y no me refiero sólo a los riesgos que se corren al ir al trabajo o a la escuela, sino a los más graves que son los peligros espirituales.

Si los padres pudieran ver los peligros que acechan a sus hijos por las malas compañías que les circundan, por los lugares que frecuentan, por las actitudes que adoptan, por las decisiones que toman, por la influencia que perciben por la computadora, etc.

Si nuestros padres cristianos pudieran ver el tremendo riesgo cuando los hijos dejan de asistir al templo, dejan de leer la Biblia y dejan de orar individualmente y en familia. Si pudieran ver lo grave que es permitir que se enrolen en un noviazgo con alguien inconverso; si pudieran darse cuenta cuando comienzan a fumar un cigarrillo o dos, a beber una cerveza o dos, a tomar un trago o dos. ¡Los padres debemos ser los primeros en estorbarles!

En la Biblia encontramos a Elí, sacerdote y juez de Israel, quien vivió una amarga experiencia por el castigo de Dios precisamente por no estorbar a sus hijos Ofni y Finees en su desenfreno.

El pecado de los jóvenes era grande: **“... menospreciaban las ofrendas de Jehová” (1 Samuel 2:17). “... dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión” (1 Samuel 2:22). “... han blasfemado a Dios...” (1 Samuel 3:13).** Y lo peor es que él no los estorbó. Es decir, no los amonestó, no los inquietó, no los exhortó con la autoridad que como padre tenía sobre ellos.

Al leer que Elí fue castigado porque no los estorbó, a veces me pregunto si para Dios es más grave que el pecado, el permitirlo.

El carácter de por sí malo de sus hijos no fue modificado por una cuidadosa educación religiosa. La índole débil y consentidora del padre no pudo refrenar esos espíritus turbulentos. Quizá los deberes oficiales ocuparan la mente y el tiempo del juez y descuidó su mayordomía paternal. Elí no percibió

la inclinación de las mentes de sus hijos ni refrenó a tiempo los principios del mal. ¡Estemos alertas padres!

Además de la oración personal al Dios Todopoderoso, debemos abogar por la adoración familiar. En muchos hogares cristianos el altar a Jehová está abandonado, desolado, arruinado. ¡Hoy debemos restaurarlo! ¡Hagamos nuestro culto familiar diario!

Para cambiar a una sociedad enferma, necesitamos empezar por nuestras familias, pero también es cierto que debemos influir en las otras familias, las de nuestros parientes, las de los vecinos, las de los conocidos, las de los compañeros de trabajo o de estudio.

Los cristianos somos una comunidad redentora. Nuestro santo deber es ejercer una influencia bienhechora para muchas vidas.

Si usted conoce a alguna familia que tiene problemas, quizá en el matrimonio, o tal vez, en la relación padres e hijos; usted debe intervenir con su oración primeramente, pero también con el poder de la Palabra de Dios. Acérquese a esa familia, pida que le permitan compartirles su testimonio y algunos versículos de la Biblia, ore con ellos y por ellos. Usted se llevará una grata sorpresa al ver que en vez de rechazarle, le reciben con agrado y gratitud.

Nosotros estamos para penetrar con el evangelio en las vidas de los que nos rodean. Tiene mucha razón el escritor de aquel viejo himno titulado “El Conflicto de los Siglos” cuya primera estrofa dice: *“Somos aliados de las huestes de Jesús que por siglos sin cejar, con ardiente fe fueron con la cruz este mundo a transformar. Nobles heraldos de una vida superior se enfrentaron con el mal y jamás cediendo al deshonor su pugna fue inmortal”*. Sí. Los cristianos somos el pueblo de Dios que puede ver sólo por la cruz una salva humanidad.

Por esto, amados hermanos, no nos detengamos. Como le dijo el Señor Jesucristo al apóstol Pablo: **“Habla y no calles”**. Así nos dice el Señor a nosotros el día de hoy.

Nosotros no abogamos por presionar al gobierno con marchas, protestas, bloqueos, huelga de pagos de impuestos, toma de edificios oficiales, quema de patrullas, secuestro de autoridades, levantamiento en armas, revoluciones o guerra de guerrillas. ¡No!

Nosotros abogamos por la transformación que obra Jesucristo en el alma humana, por el cambio de vida, por el nuevo nacimiento, por una nueva creatura o una nueva creación en el hombre.

Sólo vidas transformadas por el poder del Espíritu Santo harán familias sanas en un mundo enfermo; familias sanas y fuertes producirán una nueva sociedad, limpia de vicios y males.

Hoy, más que nunca debemos refrendar nuestro compromiso con Dios primeramente, pero también con la comunidad que nos rodea, con quien por cierto, tenemos una gran deuda.

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela